

Cesare Pavese



Este gran poeta y novelista italiano estudió filología inglesa en la universidad de Turín y, tras su licenciatura, se dedicó por completo a traducir a numerosos escritores norteamericanos, como Sherwood Anderson, Gertrude Stein, John Steinbeck y Ernest Hemingway, entre otros, así como a escribir crítica literaria que hoy se considera clásica. Al unirse con Giulio Einaudi y su amigo Leone Ginzburg, cofundadores de la editorial Einaudi en 1933, fue uno de los cimientos de esta famosa empresa cultural italiana desde 1937, en la que permaneció como

editor decisivo hasta su muerte y en la que trabajó con un rigor reconocido hoy por todos (pues Leone murió torturado por los alemanes en 1944).

Sus primeros escritos fueron publicados aparentemente con el pseudónimo de Mârlon Zmôrda, un supuesto escritor esloveno, judío y anarquista, aunque esta hipótesis ha sido discutida en varias ocasiones. Posteriormente, sus escritos antifascistas, publicados en la revista *La Cultura*, lo condujeron a la cárcel en 1935, donde inicia sus primeras obras. Durante la II Guerra Mundial formó parte de la Resistencia antifascista como estudiante y pensador independiente aunque cercano a la izquierda italiana. Tras la guerra se incorporó al grupo editor su amiga escritora Natalia Ginzburg, mujer de su compañero de curso Leone. Durante toda su vida, Pavese tratará de vencer la soledad interior, que veía como una condena y una vocación. Se suicidó a los cuarenta y dos años de edad. Su gran amigo el escritor Davide Lajolo describió, en su libro *El vicio absurdo*, el malestar existencial que envolvió siempre su vida.

La narrativa de Pavese trata, por lo general, de conflictos de la vida contemporánea, entre ellos la búsqueda de la propia identidad, como en *La luna y las fogatas* (1950). Pavese (que vivía con una hermana) se suicidó en una habitación de hotel en Turín, después de haber recibido un premio literario por su libro *El bello verano* (1949). Su diario se publicó póstumamente, en 1952, bajo el título *El oficio de vivir*, y concluye con la frase anunciadora de su decisión personal.

En el año 1957, se creó un premio literario con su nombre para honrar su memoria.

Fue importante su obra como escritor, traductor y crítico, que además de la *Antología americana* que coordinó Elio Vittorini incluyó también la traducción de clásicos de la literatura, desde el Moby Dick de Melville en 1932 a obras de Dos Passos, Faulkner, Defoe, Joyce y Dickens.

Su actividad de crítico, en particular, contribuyó a crear un cierto *mito de América*, que repercutió en la narrativa italiana de posguerra. Mientras trabajaba en el sector editorial (para la editorial Einaudi), Pavese propuso a la cultura italiana escritos sobre

temas diferentes, y anteriormente raramente abordados, como el idealismo y el marxismo, así como temas religiosos, etnológicos y psicológicos nuevos.

https://es.wikipedia.org/wiki/Cesare_Pavese

El bello verano

El bello verano es una deliciosa novelita en la que el espíritu de la frase anterior –todo un manifiesto literario– y los mencionados postulados neorrealistas saltan a la vista. En su huida del naturalismo y sus obsesiones arquitectónicas y psicológicas, Pavese sugiere una trama sumamente endeble que progresó en forma de capítulos breves, *à la mode* del folletín (género con el que este relato coquetea, siquiera de modo inconsciente) y un poco a la manera de las *suites* poéticas: en un ambiente de *bohème* turinesa, la adolescente Ginia, ángel frágil rodeado de criaturas de la sordidez, perderá su entrañable inocencia, y conocerá la desesperanza y la corrupción de la edad adulta, arrimándose a dos pintores de tres al cuarto, Guido y Rodrigues, y a una joven modelo promiscua, desinhibida y enferma, Amalia, que se acuesta con los artistas del hambre pero se inclina por el amor lesbico hacia Ginia, que en la ultimísima frase del texto le es correspondido (“vamos adonde tú quieras. Llévame tú”, p. 154), cuando el mundo de las fantasías adolescentes de Ginia ya se ha desmoronado, como un teatrillo falso de cartón-piedra, ante sus ojos engañados. *Et voilà*. No hay más que una trama de corto vuelo que reescribe desde el sentimiento la historia de Cenicienta.

De otro lado, el narrador de Pavese tampoco ejerce de titiritero naturalista, se proscribe la omnisciencia y sus protagonistas jamás son descritos o juzgados porque su personalidad se configura conforme avanza su propio discurso a lo largo de la trama. De ahí que la narración quede anegada por un diálogo sincopado, interrumpido por párrafos semejantes a acotaciones escénicas en los que el narrador revela la atmósfera, el paisaje o el estado anímico del héroe de la mano de un punto de vista que se confunde irremediablemente con el del personaje.

La de *El bello verano* es una prosa evocadora y lírica, sutil y de una deseada monotonía, impregnada de símbolos que trascienden los detalles más prosaicos, como la de Vittorini, que va más allá insinuando lo que ni siquiera precisa escribir, que escarba en la complejidad del amor y de las relaciones humanas, terrenos en los que el inquieto piemontés, como sus trágicos personajes, fracasó de forma estrepitosa. Con el manierismo de su lenguaje falsamente popular y su envidiable y tantálico sentido del ritmo narrativo escribe, en fin, una historia sin duda modesta, aunque Pavese quiso pensar que no del todo baldía, de cara a su aspiración de que acabase leyéndose como un aviso a cuantos navegantes se acercan como Ginia a las costas de la madurez, como un capítulo de la educación sentimental con la que un día convino confundir la literatura. ~

<http://www.letraslibres.com/revista/libros/el-bello-verano-de-cesare-pavese>